"en estas condiciones. Después de desarmar pré-
"viamente al ejército del Sur, sería posible formar
"grupos coloniales entre Monterrey y el Saltillo, en
"los terrenos que pertenecen al Estado en aquellos
"lugares, y aun en los del Sr. Sanchez Navarro"....

El Mariscal Bazaine comprendía que los yankees se irritarían al ver que se daba asilo á un ejército confederado, y que crearía por esto serios embarazos al imperio. Mas para alejar ese peligro proponía un medio originalísimo, en verdad, enviar á Matamoros, investido de poderes políticos, un comisario imperial que arreglase la entrada del general Slaughter al servicio de Maximiliano.

He aqui cómo el Mariscal planteaba su proyecto:

"El espíritu irritable de los yankees podía
"crear nuevos embarazos al saber que se daba asilo
"al ejército del general Slaughter.

"No admito la posibilidad de que las últimas
"fuerzas del Sur hiciesen una resistencia desespera-
"da en Tejas. El resultado no podía ser dudoso ni
"tardío.

"Sin embargo, como es preciso preverlo todo,
"esta eventualidad sería la más peligrosa para la
"frontera del Norte de México. Los ejércitos ame-
"ricanos invadiendo á Tejas, traerían á las puertas
"del imperio *unos vecinos temibles*, y más que nunca
"sería indispensable tener en Matamoros un agente
"con cuya adhesión pudiese V. M. contar.". .....
.....

BAZAINE.

Y no quedó en proyecto el pensamiento del Mariscal, sino que se intentó reducirlo á la práctica.

Un agente secreto de los confederados llegó á México proponiendo que aquellos fuesen recibidos como ciudadanos, aceptando los derechos y obligaciones de tales, ofreciendo desbandarse al entrar en territorio mexicano, y entregar sus armas, las que se les devolverían después para formar colonias militares.

El gabinete de Maximiliano no comprendió cuán ventajoso le era contar con 25,000 hombres más en la frontera cuando en ésta la insurrección se levantaba formidable contra el imperio; y propuso al agente que otorgaría al ejército de Slaughter el paso libre en el suelo mexicano, pero que ese ejército sería al principio considerado como prisionero.

Las negociaciones se rompieron y los Estados Unidos del Norte se afrontaron al punto con Francia, ávidos de vengar tanto ultrage y de tomar la revancha contra Napoleón, que tan osadamente había laborado por la causa separatista.

II.

Napoleón tembló al ver lo que nunca había creido, que la Unión americana surgía más poderosa después de su tremenda guerra civil, reconstituyéndose rápidamente.

Y su terror fué más hondo, aunque supo ocultarlo á la Francia, cuando supo que el General Grant, con la aprobación de su gobierno, había hecho marchar hasta cerca de la Frontera mexicana (en el Distrito del Río Grande) cien mil hombres, caballería en su mayor parte, á las órdenes de su segundo en jefe, su general favorito Sheridan.

Pretesto fué de esta expedición sofocar revueltas que no existían, en Tejas; pero el emperador no se hizo ilusiones, comprendió que aquel ejército tenía por única misión apoyar las casi órdenes que iba á imponerle el Gabinete de la Casa Blanca.

Desde entonces Napoleón III adoptó una política pérfida con Maximiliano, ya para justificar el rompimiento que meditaba con el fin de justificar la retirada de su ejército, ya para obligar al archiduque á que abdicara.

En el ánimo de Napoleón estaba condenado á desaparecer el imperio que él habia levantado en México.

Hemos llegado al período histórico en que surge forzosamente el problema tan desgraciadamente discutido hace algunos meses en la prensa oposicionista, con motivo del adulterado brindis del Sr. Mariscal, por algunos periodistas que no se tomaron la pena de estudiar profundamente la historia de la intervención francesa y de revisar la correspondencia cruzada entre el Secretario de Relaciones de los Estados Unidos y el del imperio francés.

La cuestión sometida al debate fué la siguiente: ¿"La actitud hostíl del Gabinete de la Casa Blan-"ca fué el factor primero y principal del fin de la "intervención francesa en México"?

No somos nosotros, la correspondencia diplomática de aquella época es la que contesta afirmativamente.

En nuestro ardiente patriotismo habríamos deseado lo que *inconscientemente* han creido algunos periodistas, que las armas de la república hubieran barrido hasta las costas del Golfo al ejército francés; pero desgraciadamente no sucedió así.

Los mexicanos, y esto constituye su indisputable gloria, lucharon sin tregua y heróicamente contra el ejército reputado entonces el primero del mundo por su valor y disciplina; y los grandes patriotas que sostuvieron aquella lucha gigantesca por defender nuestra independencia alcanzaron notables victorias sobre algunas columnas francesas, pero que no fueron decisivas.

Verdad es también que el ejército invasor llegó á cansarse de aquel continuo batallar, y que no logrando pacificar el país, tuvo que abandonar los territorios fronterizos para concentrar su esfera de acción en los Estados del centro.

Y es indudable que todos los puntos de la linea del Norte confiados á las tropas imperialistas ó á los belgas y austriacos eran rápidamente debelados por las fuerzas de la República, que solo cejaban ante los poderosos auxilios que mandaba Bazaine, como sucedió en Matamoros y Monterrey.

Pero nada de esto pudo obligar á Napoleón á retirar su ejército, interesada como estaba su política en conservar una intervención tan audazmente consumada, y un imperio en el que estaban empeñados grandes intereses de la Francia, como su sangre, su honor y su oro.

La formidable grita que se levantó en los Estados Unidos, con una generalidad asombrosa, en el pueblo, en la prensa y en las dos cámaras, obligó por fin al Secretario de Estado W. H. Seward á lanzar á Napoleón las notas conminatorias en que se le ordenaba sacar sus tropas de México.

Veamos, rápidamente, cómo se tradujo en hechos esa altiva dignidad de la República del Norte, y así se persuadirán los que nos honren leyendo estas lineas, de que en el conflicto suscitado entre los Estados Unidos y el emperador de los franceses la cuestión mexicana solo fué un accidente, que la colisión fué intercontinental, y el resultado del nuevo *jus gentium* proclamado por las razas americanas contra las usurpaciones de los pueblos de Europa.

Yo no puedo entrar al fondo del asunto sin narrar antes los gravísimos sucesos que al consumarse en los Estados Unidos repercutieron tan fatalmente en la corte imperial de las Tullerías.

Había pasado la hora de los desastres para la Unión y ya los confederados no alcanzaban aquellos

brillantes triunfos que tanto habían halagado á Napoleón III, haciéndole creer que, triunfante el Sur, de cuya causa era partidario, la República americana quedaba disuelta ó casi destruida.

Tras largos y sangrientos combates, en los que fueron vencidos los confederados, el célebre general de éstos, Lee, tuvo que abandonar á Richmond, que por tanto tiempo había defendido, retirándose con su destrozado ejército hacia Danville y Lynchburg, creyendo resistir en estas ciudades tan perfectamente fortificadas.

Con gran solemnidad se festejó en Washington la ocupación de Richmond, y en uno de aquellos actos, y ante un gran número de pueblo el Secretario de Estado Seward, en su alocución, condenó acremente la conducta de Francia que, declarándose partidaria del Sur, había abierto sus puertas á los buques confederados y á los rebeldes les había ministrado auxilios.

El Sr. Licenciado José María Iglesias, que tan oportunamente recogió estos datos en sus importantísimas revistas, cuenta con este motivo un acto de prudencia del emperador de Austria, quien, al venir Maximiliano á México, declaró oficialmente á los Estados Unidos, que la aceptación de la corona imperial mexicana era un acto personal de Maximiliano, en el que no tenían participación alguna ni Austria ni Francisco José el emperador.

Napoleón III no tuvo esa intuición, y por eso, al implicarse en la insurrección suriana, mereció que en las fiestas de Washington dijera el vice-pre-

sidente Johnson en su arenga, que llegaría la hora en que las naciones que han mostrado tanta insolencia mezclándose sin derecho alguno en la guerra civil de los Estados Unidos, en la época de la adversidad, conocieran que el gobierno de éstos tiene poder bastante para hacerse sentir y respetar del mundo entero.

Johnson, que lanzaba este reto á Francia el 3 de Abril de 1865, pocos dias después iba á ser Presidente de los Estados Unidos, para realizar su tremenda amenaza.

En efecto, estando Lincoln, el Presidente, en su palco del teatro Ford la noche del 14 de Abril, un cómico, llamado John Wilkes Booth, entró con rapidéz y disparó sobre él hiriéndolo de muerte.

El asesino, que era un rabioso partidario del Sur, huyó por el foro; mas perseguido tenazmente, fué al fin descubierto en la finca donde se había refugiado con uno de sus cómplices, y resistió á mano armada á sus aprehensores, hasta que sucumbió de un balazo en la cabeza.

La misma noche del crimen otro asesino penetró á la casa del Secretario de Relaciones Seward, lo hirió gravemente, así como á los dos hijos del Ministro que se echaron sobre el criminal.

El mismo día 15 Johnson ocupó la presidencia, y cuando Seward se restableció de su herida, tornó á encargarse de la Secretaría de Estado.

El cobarde asesinato de Lincoln provocó gran indignación en el pueblo americano, que se entregó en su ira á actos de violencia, destruyendo las im-

prentas donde se habían publicado periódicos partidarios del Sur y de la intervención francesa en México.

Pero la muerte del Presidente no mejoró la situación de los separatistas: después de la toma de Richmond vino la rendición de Lee, y más tarde la de Johnston: Mobila, Selma, Montgomery y Lynchburg fueron ocupadas por las tropas de la Unión y con ellas el inmenso material de guerra que encerraban.

Las pequeñas partidas de surianos ó se disolvían ó se sometían, sucumbiendo al fin la Confederación. Su Presidente Jefferson Davis, al terminar Abril, se puso en salvo, buscando un puerto donde embarcarse para Europa. Más tarde fué capturado.

Entonces se acentuó la actitud agresiva del gobierno de los Estados Unidos contra Napoleón III.

El 6 de Diciembre de 1865 el departamento de Estado de Washington dirigió al marqués de Montholon, ministro de Francia, una nota en la que se expresaba de una manera clara y precisa la hostilidad con que veían los Estados Unidos la presencia en México del ejército intervencionista, apoyando una monarquía por él fundada.

Esta nota, comunicada á Napoleón III, causó en el gobierno imperial una profunda sensación y engendró en el ánimo del emperador el pensamien-